

y procuró calmarlo: fué inútil; Fernando estaba fuera de su centro; ansiaba escapar; irse a jugar su golf, pero era imposible: la aglomeración se lo impedía.

2.—Joglarías

Al anocheecer, se dirigieron a ANSALDO. Fernando iba silencioso, verdaderamente contrariado: no había entendido el jaripeo; le había molestado el ambiente, algo brutal para sus gustos, con no poco de canallesco, con demasiado color local. Por fin, iba a volver a ANSALDO: ya se desquitaría del bochorno pasado; sería la última tarde que quebrantaría sus costumbres.

Un grupo apretado de gente, frente a una venta, atrajo la atención de Susana; su curiosidad la llevó al concurso, a pesar de los esfuerzos de Fernando: para realizar su capricho, buscó y obtuvo el apoyo decidido de Hesiquio.

De la venta escapaba el ruido que producen los vasos al chocar; se percibían gritos, frases entrecortadas, juramentos. Un hombre menudito, acompañado de una vieja macabra, se ofrecía a cantar.

De los hombros enjutos del joglar colgaba una arpa de mano, pequeña y curva: a un conocedor le hubiera recordado las que es fama escuchaba Villon en las barriadas de París; a un castizo, las del tiempo de Periquillo y el Arcipreste.

—*Cóctense, señores*—grita la vieja—para que les *cántemos* una canción.

Nadie contribuye. Al fin, un entusiasta tira cinco centavos; faltaban quince: Susana los completa; Hesiquio aprueba, los demás aplauden; Fernando, desesperado, intenta marcharse; Susana le detiene. Unos piden *Macario*, otros *La muerte de Zapata*, los más, exigen *Valentín*, *Valentín Mancera*.

—*La que quieran, los señores*—dice la vieja, dirigiendo su mirada interrogativa a Susana.

Susana se somete a la mayoría: estaba encantada; se apoya en Fernando, Fernando se sacude; Hesiquio sonrío.

Es una tragedia que canta la vida de aventuras del héroe y que llora su muerte, «su muerte desgraciada», según la cuela. Es Valentín un hombre delgaducho, de manos finas; Valentín odia a los *gachupines*, jura empedrar las calles de Zamora con sus cabezas. Se relata toda la vida de Valentín: una mujer casada, a la que adora, le vende traicionera:

¡Ay, qué dolor!
¡Qué Sanjuana tan ingrata,
y cómo tuvo valor
de cambiar oro por plata!

Valentín intenta escapar: huye por el río; los rurales lo alcanzan. Lo condenan a muerte; la madre de Valentín interpone amparo; no lo obtiene; pide que lo confiesen; la confesión se le niega; el Jefe de la *acordada* es vengativo, sanguinario.

Susana se interesaba más y más por la tragedia: no perdía una palabra. Fernando empezaba a interesarse; la voz chillona y firme del trovador, la destemplada de la vieja, sabían subrayar los períodos trágicos del *corrido*. Una mujer cercana a Hesiquio ardía en cólera; sus senos palpitaban agitados bajo los encajes de la blusa que albea.

Sacan a fusilar al preso: «lo pasaron por el jardín». Los ricachos españoles celebran la muerte; el Ayuntamiento de la aldea cercana guarda luto; la madre reclama el cuerpo; pide que recen por él.

En San Juan de Dios nació,
en otro San Juan murió,
y Sanjuana se llamaba
la mujer que lo vendió.

Gringos patones malvados,
abortos del mismo infierno,
mulas güeros desgraciados,
.....

Termina el romance. Todos guardan

Jalapa, Veracruz

XAVIER ICAZA

Noticia de libros

San José, abril de 1924.

Sr. don Carlos Luis Sáenz

Heredia

Mi querido Carlos:

Recomiéndote especialmente la novelita que recibirás hoy certificada; durante su lectura estuve recordándote, por las conversaciones que hemos tenido acerca de novelas americanas; en *El solar de los Gonzagas* encontrarás mucha originalidad; no conozco un ensayo naturalista superior. Hay además cierta elevación, cierta dignidad psicológica en el artista al dejarse impresionar y al escribir los poemas. Porque la novela es eso, una serie ininterrumpida de poemas en prosa, pequeñitos, tan selectos y nítidos que podrían figurar, sacándolos del conjunto, en un florilegio o en una antología de «miniaturas preciosas». Su autor dice que no es una novela, en el sentido de que carece de la técnica de las novelas; pero la técnica de *El solar de los Gonzagas* existe con una manifestación originalísima, quizá difícil de realizar, que Wild Ospina realiza felizmente: el conjunto de poemas en prosa, de un realismo vivísimo, referentes a costumbres urbanas, a temperamentos, a paisajes, está engarzado finamente, como un collar de perlas, en una he-

bra ininterrumpida: Alejandro Gonzaga, el último vástago de una familia nobiliaria, de una naturaleza exquisita, venido de Europa a sepultarse en un rincón alegre de América, y obligado a vivir en un ambiente pasado de *democracia*, en donde el chisme es necesario, el dinero es preocupación de interés insustituible ni por la amistad o la gratitud, en donde la vida es tan llana y tan *alegre*. Alejandro sufre allí una tragedia interior tremenda; el autor le sigue todos sus pasos en esa época, desde su regreso hasta su adaptación al medio.

La tragedia, pues, no se produce por la influencia de los dioses como en las tragedias clásicas; no es tampoco a la manera de los dramas fantásticos de ideología trascendental de Maeterlinck, pues *El solar de los Gonzagas* está dentro de nuestras ciudades, es la vida que vivimos; algo como los dramas interiores de Ibsen; sólo que la muerte, como en *El niño que enloqueció de amor* y en *El pobre ciego*, no es física sino de orden psicológico, pero debida, no a un temperamento morboso, y anormal que contrastara con los demás, sino al cambio de nuestro organismo social. Wild Ospina describe magistralmente la vulgaridad en que se cimentan nuestras democracias.

(Pasa a la página 283)